

cerán ellos mismos.¹” Entre tanto, según la profecía de Jacob al morir, la tribu de Judá subió al trono en la persona de un hombre elegido de Dios, que no fué solamente un gran rey, un gran poeta, sino todavía mas, un santo inspirado por el sople del cielo. Embriagado del amor divino, y exaltándose con un sagrado entusiasmo, animó su lira con las celestes armonías que aun resuenan hoy en todo el universo. Un pensamiento domina siempre en sus cánticos: es el de ese hijo bendecido que se habia prometido á su raza, y que la vision profética llevada á un grado superior, le deja entrever como saliendo de su propia familia. “Vos lo habeis dicho, Señor, espresa él en su canto, la misericordia se ensalzará, y vuestra verdad se afirmará eternamente en los cielos. Yo he hecho un testamento para mis elegidos; un juramento á David mi siervo: yo le prepararé una raza inmortal; yo estableceré á *mi primogenito* elevado mas allá de los reyes de la tierra; haré su *raza eterna*, y su trono durará tanto como los dias del cielo. ¿Engañaria yo á David? Su *raza será eterna*, y su trono se elevará como el sol delante de mí: durará tanto como los astros; *él me es un testigo fiel en el cielo.*” Este admirable salmo termina con la sublime impaciencia de la promesa divina, y con el voto ardiente de verla cumplida. “Oh Dios, vuestros enemigos nos colman de ultrajes; ellos me acusan de lo que *vuestro Cristo* se hace esperar. ¡Que Dios sea alabado en la eternidad! ¡así sea! ¡así sea!”²

Sucesivamente se nos ha enseñado que de la descendencia de la mujer, de la raza de Abraham, de la tribu de Judá y de la familia de David naceria el Redentor del mundo: no falta mas á los profetas sino trazar los particulares caracteres que lo distinguirían personalmente, á fin de que fácilmente fuese reconocido cuando viniese. Es el Mesías mismo el que va á ofrecerse á sus ojos; es él al que van á contem-

1 Núm., c. 23 y 24.

2 Salmo 88.

plar; esa gran figura sobre la cual el pasado, el presente y el porvenir van á dirigir sus miradas llenas de esperanza, es la que van á describirnos con fidelidad y ternura. Si hay una cosa que mas conmueva en esos magníficos cuadros en que han delineado con tanto vigor los contornos de su modelo, es sobre todo esa mezcla indefinible de humillacion y de esplendor, de anonadamiento y de gloria, de dolor y de alegría, de vencimiento y de victoria, de muerte y de triunfo. Es á un rey poderoso el que nos anuncian, es el mas hermoso entre los hijos de los hombres; es tambien un objeto de desprecio, un leproso, un hombre herido de Dios, un ajusticiado! Ligados contra él los pueblos y los reyes, le postran bajo de sus golpes; pero muy pronto se rie él de sus esfuerzos, les hace encorvar la cabeza, y los obliga á servirle de escabel. ¿En dónde, pues, habian visto esos profetas que las humillaciones conducirían á su héroe á la conquista, y que un patíbulo debería ser su trono? Prestemos atencion á sus palabras inspiradas. David es el primero que aparece en la liza, y comienza á hacer oír los gemidos y las quejas del Hombre Divino á quien celebra. “¡Dios mio, Dios mio! ¿porqué me habeis abandonado? Todos los que me ven me insultan; el desprecio se muestra en sus labios: ellos han sacudido la cabeza diciendo: ‘Ha puesto su confianza en Dios, pues que Dios lo liberte y lo salve!’ El consejo de los malos me asedia: *han taladrado mis manos y mis piés, y han contado mis huesos*: ellos me han mirado y considerado atentamente: *se han dividido mis vestiduras y han sorteado mi túnica.*” No acaba sin embargo esta dolorosa lamentacion sin que ya se vea vislumbrar la esperanza á través de los dolores. “Señor, continúa el Profeta, yo haré conocer vuestro nombre á mis hermanos; publicaré vuestras alabanzas en medio de ellos. ¡Oh Dios! vos sois mi alabanza en medio de *vuestra iglesia tan extendida*. Los pueblos *los mas remotos* se acordarán del Señor y se volverán hácia él; todas las naciones se postrarán ante él, *y él reinará sobre todos los pueblos*. Las ge-

neraciones venideras le servirán; ellas se consagrarán al Señor. *Vendrán aquellos que anunciaron la justicia á los pueblos futuros.* Es el Señor el que prepara estas maravillas.¹ Estos acentos de esperanza se cambian luego en gritos de victoria. “¿Por qué las naciones se han estremecido? ¿Por qué los pueblos han meditado en vanas maquinaciones? Los reyes de la tierra se han levantado, los príncipes se han ligado contra el Señor y contra el Cristo. Aquel que habita en el cielo se reirá de ellos, y les hablará en su cólera: Yo, yo he consagrado á mi rey; yo le he consagrado sobre Sion, mi montaña santa. Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme y yo te concederé las naciones por herencia y la tierra por imperio.”²

En el salmo cuadragésimocuarto el Profeta se eleva en su entusiasmo, y la alegría del triunfo rebosa de su corazón: así lo espresa cuando dice: “Mi corazón no contiene ya la palabra dichosa; es al Rey á quien yo dirijo mis cánticos: mi lengua obedece como la pluma al escritor rápido. Vos sobrepujáis en hermosura á los mas bellos entre los hijos de los hombres: la gracia se derrama de vuestros labios, porque el Señor os ha bendecido por toda la eternidad. Armaos de vuestra espada, ¡oh el mas poderoso de los reyes! Revestíos del resplandor de vuestra gloria, y en vuestra sublime majestad marchad á la victoria. Subid sobre el carro de la verdad, de la justicia y de la clemencia, y vuestro derecho se mostrará en las cosas maravillosas que ejecuteis: los pueblos todos caerán á vuestras plantas. Vuestro trono ¡oh Dios! es un trono eterno; el cetro de la equidad es el cetro de vuestro imperio; es porque ¡oh Dios! vuestro Dios os ha consagrado con una unción de bienaventuranza, que os eleva sobre todos aquellos que deben participar de ella.”

Después de haber oído estos acentos sublimes de la victoria y del triunfo, parece que David no puede ya elevarse mas

1 Salmo 21

2 Ibid.

sin que su harpa se rompa bajo el poder de su inspiración; sin embargo, él no se detiene; sube hasta el cielo y allí canta el apoteosis del Cristo. “El Señor ha dicho á mi Señor: ‘Sentaos á mi derecha hasta que yo reduzca á vuestros enemigos á servir de escabel á vuestros piés. El Eterno va á hacer salir de Sion el cetro de vuestra autoridad: vos estableceréis vuestro imperio en medio de vuestros enemigos. Los pueblos os obedecerán en el día de vuestra fuerza, en medio del esplendor de vuestros santos. Yo os he engendrado antes de Lucifer. El Eterno lo ha jurado, y no revocará jamas su juramento: vos sois el Sacerdote eterno segun el orden de Melquisedec.’”

Así David cantaba los sufrimientos y los brillantes destinos de ese hijo prometido del cielo.

A su turno Salomon describe con grandes rasgos las pruebas por que debe pasar el Mesías. En su hermoso libro de la Sabiduría se encuentra este notable pasaje: “Armemos lazos al Justo, porque él nos reprocha las faltas contra la ley, y vuelve contra nosotros los errores de nuestras doctrinas: él se vanagloria de poseer la ciencia de Dios, y se nombra el hijo de Dios. El se ha hecho el detractor de nuestros pensamientos. Bien visto, él nos es odioso porque su vida es diferente de la vida de los demas, y sus caminos no son los nuestros. El llama dichoso el fin de los justos, y se jacta de tener á Dios por padre. Veamos si sus palabras son verdaderas; probemos lo que le sucederá; porque si es verdaderamente el hijo de Dios, Dios le sostendrá y le librá de las manos de sus enemigos. Interroguémosle por el ultraje y el suplicio, á fin de que conozcamos su dulzura y experimentemos su paciencia. Condenémosle á la muerte mas infame, porque Dios le guardará segun sus palabras. Así han pensado ellos, pero se han engañado y su malicia los ha cegado.”² Ningun-

1 Salmo 109.

2 Sabid., c. 2.

no nos parece puede dejar de reconocer al momento á quien se dirigen estas palabras del autor de la Sabiduría, y la prediccion ha tenido ciertamente el carácter de una historia anticipada.

Ved ahora acercarse á Isaías, el mas elocuente, el mas sublime intérprete de los secretos de Dios. Digno era sin duda por la nobleza y santidad de su alma, de ser escogido especialmente para contemplar al Mesías en el porvenir, é iniciar á la tierra en las maravillas que esta vision le revela; porque todo su libro no es mas que un canto en cierto modo á la gloria de los padecimientos y de los triunfos del Redentor. Para comprender bien el poder de esta idea profética que le cautiva, y se reproduce bajo todas sus formas, seria necesario abrazarla en todo su conjunto. Desde el segundo capítulo anuncia el profeta que "en los últimos dias la montaña que habita el Señor se elevará sobre las demas montañas; *todas las naciones* vendrán allí en multitud, *porque la ley saldrá de Sion, y la palabra del Señor de Jerusalem.*" Luego no se encuentra casi un capítulo que no contenga algunas palabras referentes al Libertador, alguna alusion sobre su reino futuro: es un hecho notable para el que quiera examinarlo con una profunda atencion. Recorramos algunos de los mas principales. "Un dia, dice el profeta, aparecerá en su magnificencia y en su gloria *el germen del Señor*, el fruto sublime de la tierra. *La vírgen concebirá* y dará á luz un hijo que será llamado *Emmanuel* (es decir, Dios con nosotros). El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz; el dia se ha levantado sobre aquellos que habitaban en las regiones obscuras de la muerte; *porque un niño nos ha nacido*, un hijo se nos ha dado: él lleva sobre sus espaldas *el signo de su dominacion*: será llamado el *Admirable*, el *Consejero*, *Dios poderoso*, el *Padre de la eternidad*, el *Príncipe de la paz*. El estenderá mas y mas su imperio; establecerá la paz eterna; fundará y afirmará para siempre su reino sobre la justicia y la equidad.... Este vástago saldrá del tronco de

Jesé (el padre de David), esta flor se elevará de sus raices. El espíritu del Señor descansará sobre él; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fuerza, espíritu de ciencia y de piedad. Él volverá la justicia á los pobres, él será el vengador de los indefensos: el impío se desvanecerá al soplo de su boca.... Un dia el vástago de Jessé será *elevado como un estandarte á la vista de los pueblos: todas las naciones acudirán á él, y su sepulcro será glorioso*. En ese dia diréis: hé aquí que mi Dios, *mi Salvador ha venido*. ¡Oh Sion! estremécete de alegría, redobla tus cánticos: el *Altísimo*, el *Santo de Israel* habita en medio de tí.¹"

Mas adelante la profecía penetra todavía mas en el corazon del objeto. "Se oye la voz de aquel que clama en el desierto: ¡preparad los senderos del Señor! Su gloria va á ser revelada; el Señor va á hablar; *toda la tierra verá á nuestro Salvador*. Decid á las ciudades de Judá: *Ved aquí á vuestro Dios*. El Señor se manifiesta en su fuerza, su brazo señala su poder, sus obras le preceden y le anuncian. Él dirige su rebaño como un pastor vigilante; reúne sus corderos y los abriga en su seno; lleva él mismo á las ovejas preñadas. ¿Quién os predijo estas cosas desde los antiguos dias *para que reconocieseis al Justo?* El Señor ha dicho el primero á Sion: Vedle ahí; y yo enviaré á Jerusalem *un Salvador*. Aquel que yo he escogido, es el objeto de mis complacencias; yo he esparcido mi espíritu sobre él; *él llevará la justicia entre las naciones*.... Él juzgará en la verdad, y estará tranquilo y sereno hasta que haya establecido su sabiduría sobre la tierra: *las islas entonces recibirán su ley*. Yo lo daré por luz á las naciones; abrirá los ojos á los ciegos; romperá los hierros de los cautivos; librára de la servidumbre á aquellos que están sentados en las tinieblas."²

En los capítulos 52, 53, 54 y 55 Isaías despliega toda la

1 Isaías, c. 4, 7, 9, 11 y 12.

2 Isaías, c. 40, 41 y 43.

riqueza de su palabra, toda la fecundidad de su inspiracion para representar el cuadro sorprendente y terrible de las grandezas y humillaciones de aquel rey misterioso que anuncia: "Sal del polvo y levántate, ¡oh Jerusalem! Sube sobre un trono y rompe los hierros de la cautividad, ¡hija de Sion! Mi pueblo va á conocer mi nombre: *yo, que he hablado, estoy ya aquí.* ¡Qué bellos son sobre las montañas los piés de Aquel que anuncia la paz y la dicha, que predica la salud y que dice á Sion: *Tu Dios va á reinar!* El Señor ha desplegado la santidad de su brazo á los ojos de las naciones: *todas las regiones de la tierra verán á su Salvador.* Su semblante estará obscurecido, su figura despreciada entre los hijos de los hombres; pero *él purificará á la multitud de las naciones.* Aquellos á quienes no ha sido anunciado le verán; contemplarán á Aquel de quien no habian oido hablar. Se elevará en presencia de Dios como un arbolillo, como un retoño que sale de una tierra árida. Despreciado, el último de los hombres, Hombre de dolores, él conoció la enfermedad; su semblante estaba obscurecido por los oprobios y por la ignominia, ¡y nosotros no lo hemos tenido en nada! Él mismo verdaderamente ha llevado nuestra debilidad, y está cargado de nuestros sufrimientos: le hemos visto como un leproso, herido de Dios y humillado. Él ha sido lacerado á causa de nuestras iniquidades, ha sido destrozado por nuestros crímenes: nosotros hemos sido curados por sus llagas. *Nos hemos extraviado todos como las ovejas: cada uno de nosotros seguía su camino:* y el Señor ha hecho caer sobre Él *la iniquidad de todos.* Ha sido sacrificado porque ha querido, y ni siquiera ha abierto la boca: será conducido á la muerte como un cordero, y estará mudo como la oveja ante aquel que la esquila. Él ha muerto, despues de sufrir un juicio, en medio de innumerables angustias: ¿quién contará *su generacion?* Se le destinaba la sepultura del impío, y ha sido sepultado en la tumba del rico. Él ha dado su vida para expiar el crimen, pero tendrá una raza inmortal; su alma ha estado sumergida

en el dolor, pero Él verá, Él se saciará de gozo, y justificará *á una multitud de hombres por su doctrina:* ha sido entregado á la muerte y puesto entre malhechores, pero yo le daré en patrimonio un pueblo numeroso; y distribuirá Él mismo los despojos de los fuertes. Mis pensamientos no son vuestros pensamientos; mis caminos no son vuestros caminos, dijo el Señor."

Nos limitamos á estas citas de Isaías, que bastan para hacer conocer con qué luminosa claridad le habia sido revelada la persona y los destinos de ese nuevo Rey, vencido y vencedor, gusano de la tierra y esplendor del cielo, hombre y Dios todo á un tiempo.

Con el hijo de Jessé y el hijo de Amós, Daniel divide el honor de ser uno de los mas grandes profetas del Mesías; y aun se distingue por cierto grado de precision, se puede decir matemática, y que no pertenece sino á él mismo. Como era cautivo en Babilonia y se habia educado en la corte, se halló por esta circunstancia en presencia del mas soberbio de los reyes, á quien anuncia por primera vez el advenimiento de un reinado que debia absorber á todos los demas. Nabucodonosor habia tenido un sueño durante la noche, pero éste se habia borrado de su memoria. Sin embargo, habiendo quedado su ánimo en una grande agitacion, quiso que sus adivinos le recordasen y le interpretasen aquel sueño. Habiéndose visto precisados á confesar que su ciencia no podia estenderse á tanto, el rey, en su furor, los hizo condenar á todos á muerte. Entonces para salvarlos, Daniel solicita ser presentado al rey, prometiendo darle la esplicacion que deseaba. Introducido ante Nabucodonosor le dice: "Vuestros adivinos, ¡oh rey! no pueden descubrir el secreto de vuestro sueño, pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios: este Dios os ha mostrado las cosas que deben suceder en los últimos tiempos. Vos habeis visto una enorme estatua, cuya cabeza era de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas y una parte de

los piés de hierro, y lo demas de arcilla. Estabais atento á esta vision, cuando de la montaña, sin que *hubiese ninguna mano de hombre*, se desprende una piedra, la cual despues de haber herido y derribado la estatua, se convierte en una gran montaña que ocupa toda la tierra.—Este ha sido, ¡oh rey! vuestro sueño; hé aquí ahora la esplicacion.—Vuestro reino es la cabeza de oro (*el Asia*). Se elevará despues de vos otro reino que será de plata (*la Grecia*), y en seguida habrá un tercer reino, que será de bronce, y que dominará á toda la tierra (*Alejandro*). El cuarto reino será como el hierro, todo lo reducirá á polvo, pues que el hierro rompe y sojuzga todas las cosas (*imperio romano*). En el tiempo de estos reinos el Dios del cielo *suscitará un reino que no será jamas destruido*, que no pasará á ningun otro pueblo, y que trastornará y reducirá á polvo todos esos reinos, de los que no quedará nada en ninguna parte; y cuyo reino subsistirá eternamente.—Habiendo oido estas palabras, Nabucodonosor cayó con la faz en tierra y adoró á Daniel diciendo: ‘Vuestro Dios es verdaderamente el dios de los dioses, el señor de los reyes, y el que revela todos los misterios.’¹”

Pero si Daniel habia recibido de Dios el poder maravilloso de interpretar los sueños, le habia sido concedido igualmente el de contemplar los misterios inefables del cielo. Oigámosle espresarse á él mismo: “Yo he mirado en la vision de la noche, y hé aquí cómo el *Hijo del Hombre*, que venia sobre las nubes del cielo, se adelanta hasta el *Anciano de dias* y se ofrece en su presencia. Y Él le da el poder, y el honor, y el reinado; y todos los pueblos de todas las tribus y de todas las lenguas *le servirán*. Su poder es un *poder eterno*, que no será transferido, y su reino no será debilitado.”²”

Daniel, sin embargo, no entrevió únicamente el gran sacrificio regenerador en la indecisa lontananza de los siglos,

1 Daniel, c. 2.

2 Daniel, c. 7.

sino que tambien le fué revelado el instante preciso en que deberia cumplirse. “Escucha la palabra, le dijo el Espíritu de Dios, y mira la vision:—A setenta semanas se reduce el tiempo decretado sobre tu pueblo y sobre la ciudad Santa, para que la prevaricacion sea abolida, que el pecado se expié, que la iniquidad quede borrada, que la justicia de los siglos aparezca, que las visiones y las profecías queden consumadas, y que el Santo de los santos sea ungido.—Oid, pues, y comprended bien: A contar desde el edicto que será promulgado para la reconstruccion de Jerusalem hasta la venida de el Cristo, trascurrirán setenta y dos semanas; y de nuevo se fabricarán las murallas y las plazas de la ciudad durante este tiempo penoso. Y despues de las setenta y dos semanas, el Cristo será entregado á la muerte; y el pueblo que ha de negarlo no será ya su pueblo. Un pueblo con su gefe en lo venidero debe destruir la ciudad y el santuario, y dispersar los restos; ¡fin devastador! y terminada la guerra, la desolacion declarada seguirá. Pero el Cristo confirmará su alianza con un gran número en la última semana; los sacrificios serán abolidos, la abominacion de la destruccion estará en el templo, y la desolacion que debe seguir, durará hasta la consumacion, hasta el fin.”¹”

La evidencia de la prueba que queremos suministrar ha venido á ser tan indudable por los testimonios de los grandes profetas que hemos citado, que se podria tener como superfluo é inútil todo lo mas que se quisiera añadir para demostrarla. Sin embargo, vamos todavía á hacer ver la perpetuidad de la tradicion profética.

Jeremías y Ezequiel se entrelazan como una trama en la cadena de las revelaciones divinas, para cerrar mejor el te-

1 Daniel, c. 9.—Es necesario saber, para la mejor inteligencia de esta profecía, que los judíos y aun otros pueblos de la antigüedad, contaban por semanas de dias y por semanas de años. El número y tamaño de los acontecimientos, indican por sí mismos que aquí se trata de semanas de años.—Véase el Levítico, c. 25.